

se las tenga mayor respeto, porque tienen absoluta necesidad de él, para engañarse á sí mismas.

Por fin la señora Masko trató de persuadirse de que la cosa no era quizás tal como ella se la imaginaba, y que tal vez un coloquio ó una simple palabra de esplicación habrían vuelto á poner las cosas en su lugar.

En la persuasión de que Polaniecki sintiera la necesidad de hablarle, se decidió á proporcionarle la ocasión; á cuyo efecto cuando, después del té, se levantó para marcharse, dijo, fijando en él una mirada:

—Ahora si que he de rogar á uno de esos señores que me acompañe.

Polaniecki se levantó con aire displicente: sus ojos parecían querer decirle:

—Si quiere usted saber la verdad, estoy dispuesto á manifestársela.

Pero la señora Bigiel debía desbaratar todos sus planes, pues después de haber mirado la luna que brillaba radiante en el cielo, dijo:

—Es tan hermosa la noche, que la acompañaremos todos.

Así se hizo. El señor Plavicki, que aquella noche se consideraba obligado á ser el caballero de la señora Masko, la ofreció el brazo con estudiada galantería, y durante todo el camino estuvo entretenido en animada conversación con ella, de manera que á Polaniecki, que daba el brazo á la señora Bigiel, no pudo hacer ella más que darle las buenas noches una vez llegados frente á su quinta.

En el apretón de manos que acompañó el saludo,

expresábase, sin embargo, todo lo que ella le quería preguntar.

LI

—¿Por qué no se viste usted como el señor Kopovski, mi querido señor Ignacio?—le preguntaba la señora Bronicz al poeta.—Se comprende que Lineta aprecie más sus poesías de usted que todos los trajes de este mundo, pero no puede usted imaginarse el buen gusto estético que tiene la niña. La pobrecita se me acercó ayer y me preguntó: «Tía, ¿cómo es que Ignacio no lleva un traje blanco? ¡Le sentaría tan bien!» Mándese usted hacer uno; ella se lo agradecerá mucho. En Sceveningen todos los caballeros, después de comer, llevan traje blanco, y á Lineta le disgustaría no poderle considerar como perteneciente á aquella sociedad. Espero que no me tendrá usted ojeriza si le expongo las ideas de mi querida sobrina.

—Al contrario, se lo agradezco mucho.

—¡Qué bueno es usted! Algo más tenía que decirle... ¡Ah, sí!... Tiene usted que comprar también una bonita cartera de viaje de piel amarilla. En el extranjero sólo se juzga por las apariencias. Ayer vimos la del señor Kopovski... ¡es magnífica! Si quiere usted creerme, compre una como aquella. Dispénsese usted si me meto en estas cosas; pero, ¿sabe usted? yo conozco á las mujeres en general y á Lineta en particular. De ella se puede lograr todo si se la contenta en las pequeñeces. Ya sabe usted que ella ha rechazado príncipes, y sin embargo su elección ha recaído en usted. Por esto tiene usted

el deber de estarla reconocido. De seguro que usted es un buen fisiólogo, y habrá observado ya que á las naturalezas capaces de más grandes sacrificios, les gusta que se les contente en sus pequeños deseos.

—Puede ser, señora; pero hasta ahora no se me había ocurrido,

—Fiese usted de mí, que conozco el caracter de Lineta. Los hombres no tienen idea alguna de la delicadeza de nosotras las mujeres. En cuanto suceda algo grave se convencerá usted de la grandeza de corazón de aquella niña, cuyo caracter está exento de toda suerte de egoismo.

—Señora,—respondió con viveza Zavilovski,—sé que aprecia usted mucho á Lineta, pero la aseguro que no puede usted apreciarla tanto como yo la aprecio.

—¡Qué dichosa soy al oírle hablar en estos términos!—exclamó muy satisfecha la señora Bronicz—mas ahora la tía quiere todavía decirle al oído otro secreto. A Lineta le gustan mucho en los hombres las medias negras. Le parecerá á usted inverosímil; pero ella distingue con una mirada si las medias son de seda ó de hilo de escocia. No vaya usted á figurarse que quiero mezclarme en sus cosas, pero le digo todo esto, porque los hombres no comprenden estas delicadezas, y no quisiera que la niña se apercibiera de que le falta algo. ¿Qué quiere usted? Usted se casa con una verdadera artista que desea verse rodeada de lo bello, y por otra parte es suficientemente rica, y hasta tiene este derecho. ¿Qué le parece á usted, mi querido Ignacio?

Zavilovski sacó del bolsillo de su levita un librito de memorias, y contestó:

—Tomo nota de todos sus deseos, para no olvidarlos.

En estas palabras dejábase traslucir cierta ironía. La ampulosidad de las frases de la señora Bronicz le ponía impaciente, y la absoluta falta de tacto con que ésta le hablaba diariamente de los espléndidos casamientos que Lineta había rehusado por él, le causaban pesar. No tenía aún idea alguna de lo que sería más adelante su vida con Lineta; sin embargo, confiaba en su propia fuerza y en su amor. Las relaciones entre él y la señorita Lineta, iban adquiriendo de día en día un carácter cada vez más singular. Precisamente, como otras muchas personas faltas de talento, y que por esta misma causa fueron desgraciadas en amor, él rodeaba á su amada de una aureola de luz, sin reflexionar que esta radiante aureola que la circundaba, la había creado él mismo. En cambio, para Lineta, Zavilovski iba haciéndose cada día menos interesante, y el papel que ella tenía que representar se le hacía cada vez más enojoso. Por la mañana, al despertarse con la idea de que durante el día tenía que encontrarse con su novio, y que tenía que verse obligada á participar de los pensamientos y de sus ideas y pensamientos elevados y poéticos y admirarlos, experimentaba una desagradable impresión parecida á la de un estudiantillo que tiene que romperse la cabeza en sacar una cuenta difícil. No podía mantenerse eternamente encaramada en sus zancos para hallarse en disposición de igualar su paso al de Zavilovski, ni estar mostrando eterna-

mente su admiración interior, con admiraciones estereotipadas. El carácter ligero de la niña se rebelaba contra esta violencia que tenía que hacerse á su espíritu, y contra esta eterna tensión de su mente, á que su novio la sometía. ¡Qué diferencia entre él y Kopovski! Con éste no hacía falta tensión alguna de la mente, ningún esfuerzo de la imaginación, y su compañía le servía de alivio á la señorita Castelli. Sólo al verle, sentíase ya dispuesta á la risa y á la broma. Mientras que una vez Polaniecki había tenido celos de Kopovski, al joven poeta ja más se le había ocurrido la idea de que el joven hermoso se mereciera que se le considerase como un rival temible. Era imposible que un estúpido tal como aquel pudiera estar prendado de una joven sensata y espiritual como Lineta ni por un solo instante, como no fuera para exponerse á ser el blanco de mordaces pullas. Lineta era todavía una chiquilla que de cuando en cuando tenía necesidad de jugar.

Nadie como ella podía reconocer la infinita incapacidad intelectual de Kopovski.

Pero no todos los ojos veían con idéntico optimismo los juegos de Kopovski y de Lineta, y en especial la señora Anetka se había quejado ya con su marido de la manera como Lineta coqueteaba con Kopovski. Jozio había hecho también la misma observación, y de buena gana se habría deshecho del joven moscardón si le hubiera sido posible. De todos modos, decidió no perderle de vista, y de vigilar también atentamente á la joven. Fuera de sus relaciones con su mujer, el señor Osnovski no tenía nada de tontó, y se había apercebido de una porción

de cositas que, por la amistad que le unía á Zavilovski, le habían producido viva inquietud. Cuanto más atentamente observaba, más se convencía de que los juegos de la *ideal* Lineta con Kopovski empezaban á pasar de bromas, y que ese Adonis ejercía sobre ella, aquella especie de fuerza de atracción, por medio de la cual los jóvenes galantes y bien vestidos pueden hacer suyas á ciertas mujeres que tienen corazón de modista. No se podía negar que era guapo. A más de los finísimos rasgos de su fisonomía, tenía unas formas perfectas que le hacían comparable á una estatua de mármol, y que con sus trajes de telas finísimas y elegantemente confeccionados, no podía menos que ganar todavía más. Zavilovski con sus formas fuertes y nudosas, con la barba saliente, las facciones fuertemente pronunciadas y los pies grandes, no podía competir con aquel *Mignon* que por una parte parecía una estatua griega, y por la otra recordaba los figurines de los periódicos de modas de Biarritz y de Ostende.

Una mañana, mientras todos los moradores de Pritulov se hallaban reunidos por el té, llegaron cartas con franja negra, y dirigidas la una á Zavilovski y la otra al señor Osnovski. Las señoras tenían, naturalmente, fijas sus miradas llenas de curiosidad y de aprensión en los dos lectores los cuales, después de haber sacado las cartas de los sobres que venían abiertos, exclamaron casi á un mismo tiempo:

—¡El señor Zavilovski ha muerto!

La noticia produjo una impresión profunda. La señora Bronicz parecía haber perdido por completo el uso de la palabra.

—Yo le conocía de poco tiempo,—dijo Zavidovski, siendo el primero en romper el silencio:—antes estaba predispuesto contra él, pero ahora lo lamento con toda sinceridad, porque sé que era un hombre excelente.

—Y te había puesto cariño,—observó el señor Osnovski,—y he tenido pruebas de ello.

Entre tanto la señora había vuelto en sí de su estupor. Decía que ahora se vería cuán generoso corazón poseía aquel anciano caballero.

—También quería á Lineta,—añadió,—y quien quiere á Lineta no puede ser un hombre malo. El me recordaba á mi pobre marido, con la diferencia de que Teodoro era tan afable como rudo era Zavidovski, sin embargo uno y otro tenían la misma alma noble y buena. Tú, hija mía, alerta,—prosiguió dirigiéndose á Lineta;—ya sabes que la más pequeña emoción, que el más insignificante pesar te conmueven excesivamente, y de consiguiente esta vez no te dejes dominar por tu natural sensibilidad.

Zavidovski, pensando que Lineta y él habían sido heridos por vez primera por un solo dolor, tenía entre sus manos las de la joven y se las cubría de ardientes besos. Unicamente á Kopovski le produjo la noticia un efecto singular: al principio estuvo unos instantes sin respirar y muy pensativo, como si de pronto hubiera comprendido la fugacidad de las cosas terrenales; y luego, después de lanzar un suspiro, dijo:

—Tendría curiosidad por saber qué hará la señorita Elena de todas aquellas pipas que el señor Zavidovski ha dejado.

Pero nadie se fijó en estas palabras, en primer

lugar porque Zavidovski estaba completamente embebido en la lectura de una carta de Polaniecki, en la cual éste le avisaba la muerte de su viejo pariente, y en segundo lugar por que las señoras se ponían de acuerdo con Osnovski para asistir á los funerales.

Decidieron trasladarse inmediatamente á la ciudad para las ropas de luto y pasar al siguiente día á Yasmien.

Apenas llegado á Varsovia, Zavidovski se fué á ver á Polaniecki, á quien creía encontrar en su casa; pero el criado le anunció que acababa de salir para Yasmien, en cuyas inmediaciones había tomado en alquiler, hacía poco tiempo, una quinta. Así pues, despues de hacer las compras más precisas, se encaminó á la morada de los señores Osnovski, para pasar la velada con su novia. Al llegar á la antesala quedó sorprendido oyendo que alguien tocaba en el piano un vals de Strauss. En la pieza inmediata halló á la señora Bronicz y á la señorita Ratkovski, y las preguntó quién era la que tocaba.

—Lineta con el señor Kopovski,—contestó la señorita Ratkovski.

—¿El señor Kopovski está aquí?

—Ha llegado hace cosa de un cuarto de hora.

—¿Y el señor Osnovski?

—Están fuera todavía para las compras.

Por vez primera, Zavidovski experimentó una impresión desfavorable ante la conducta de la señorita Castelli. Comprendía muy bien que la muerte del viejo caballero no podía importarle gran cosa, sin embargo le pareció que no era aquél el

momento más oportuno para tocar un vals á cuatro manos con Kopovski.

La señora Bronicz adivinó, en la expresión del rostro de Zavilovski, lo que pasaba en su interior, y con tono meliflúo le dijo:

—Me ha parecido que Lineta estaba tan abatida y triste, que la he pedido que tocara un poco con el señor Kopovski. Nada la calma tanto como la música.

Habiendo Lineta dejado de tocar, inmediatamente después de la llegada de su novio, desapareció en seguida del rostro del joven poeta la impresión desagradable que aquel incidente le había producido. Ofreció el brazo á Lineta y la condujo á la pieza donde ésta había principiado su retrato. En la semiobscuridad del crepúsculo, dieron una vuelta por aquella habitación, cada uno de cuyos ángulos despertaba en el enamorado un grato recuerdo.

—¿Te acuerdas,—dijo á Lineta,—de cuando me cogiste la cabeza tratándola de hacérmela ladear un poco, porque en aquella posición no podías continuar el retrato, y que por primera vez me atreví á besarte la mano, y tú me dijiste que hablara á tú tía? En aquel momento me hallaba como si hubiese perdido la respiración, como si hubiese perdido los sentidos.

—Estabas pálido como un muerto,—observó Lineta.

—¿No era natural eso? Mi corazón amenazaba dejar de latir, oprimido por la emoción. Porque yo te amo con locura, con un amor sin límites.

La señorita Castelli levantó los ojos hacia él, y luego dijo:

—¡Qué singular es todo eso!

—¿Qué?

—Se empieza no más que para probar, lo mismo que un juego que se va continuando, hasta que cuando menos se piensa cae la trampa.

—Y la trampa ha caído,—observó Zavilovski, estrechando contra su corazón la mano de Lineta,—y yo tengo mi prenda y ya no la suelto... ¿Me quieres?

—Ya lo sabes.

—Dime que sí.

—Sí.

Volvió á estrechar con vehemencia la mano de la joven contra su corazón, y con voz alterada y trémula por la inmensidad de su cariño, la dijo:

—Tú no puedes formarte una idea de lo dichoso que me hace esta breve palabra: te lo juro, no puedes tener una idea de ello. ¡Y no sabes cuánto te amo! Eres mi mundo, mi vida, mi todo. Sin tí, me moriría.

—Ven, sentémonos,—murmuró Lineta;—estoy cansada.

Tomaron asiento uno al lado del otro, y reinó entre los dos un profundo silencio.

—¡Cómo! ¿tiembles?—murmuró la joven con voz trémula, porque también ella se sentía conmovida, fuese por la proximidad de él, ó fuese porque se sintiera arrastrada también ella por aquel torrente de pasión.

Su respiración se había hecho rápida y difícil; luego, después de haber cerrado los ojos, se aproximó todavía más á su novio y le ofreció los labios.

Cuando Zavilovski volvió á su casa, su habita-

ción de soltero le produjo el efecto de un cuadro vacío y desierto, de una tienda de campaña que puede desmontarse en un instante. Nuevamente sintió cuánto amaba á Lineta; sintió que no podía ni quería vivir sin ella.

LII

Los funerales del señor Zavidovski, tuvieron lugar al día siguiente, sin que fuera muy numeroso el acompañamiento. Los propietarios de las fincas circunvecinas, en su mayor parte personas ricas, pasaban el verano en el extranjero, y lo mismo acaecía por igual razón con los contados amigos que el difunto tenía en Varsovia.

La señorita Elena seguía el féretro con el rostro inundado de lágrimas, pero sin haber perdido su habitual expresión tranquila y marmorea. De regreso del funeral, refirió la muerte de su padre, con una expresión tal como si ésta hubiese acaecido un mes antes.

Volviéndose después al joven Zavidovski, le dijo:

—Hablaba amenudo de usted, y una hora antes de morir me pidió que mandara un expreso á Bucinek, á casa de los señores Polaniecki, para que le dijeran á usted en seguida que tenía gran necesidad de hablarle. Mi padre le apreciaba á usted y le quería mucho, muchísimo.

—Señorita,—contestó emocionado Zavidovski, besándola la mano,—también yo siento muy vivamente su pérdida.

Era tan conmovedor el tono con que el poeta se expresaba, que los ojos de la huérfana se llenaron

de lágrimas, y la señora Bronicz prorrumpió en fuertes sollozos, y de seguro habría caído desmayada, si la señorita Castelli no se hubiera apresurado á aplicarle á las narices un frasquito de sales.

La señorita Elena, que ignoraba por completo lo que era sollozar, dió muy expresivamente las gracias á Polaniecki por los valiosos auxilios que en aquellos tristes momentos le había prestado. Efectivamente, él había dado las disposiciones necesarias para los funerales, y se había encargado de todos los cuidados que en casos semejantes no pueden asumir aquellos que se hallan agobiados por tal desgracia.

Marina, que no había intervenido en los funerales, porque su marido se lo había desaconsejado por el estado en que se hallaba, había llegado en aquel instante, y ofreció en seguida á la señora Elena y á las señoras de Pritulov que fuesen á pasar algunos días en su quinta de Bucinek. Polaniecki apoyó la oferta de su esposa; pero la señorita Zavidovski, la agradeció, mas no quiso aceptarla, diciendo que tenía por compañía á su vieja ama, y que, especialmente en los primeros días, no quería abandonar los lugares donde su padre había muerto. En cambio las señoras de Pritulov aceptaron inmediatamente la invitación, y en especial la señora Bronicz, que tenía vivos deseos de hallarse con Polaniecki, en la creencia de que éste sabría algo de las últimas disposiciones del difunto. Marina, que había observado con suma atención á la señorita Rátkovski, la hizo entrar en su propio carruaje, y aquellas dos jóvenes simpatizaron desde luego. En los tristes ojos de la señorita, en la expresión de su

rostro, en todas sus maneras había una atracción tan inexplicable, que la señora Polaniecki, de buenas á primeras, la juzgó una naturaleza tímida y poco expansiva, pero dotada de nobles y delicados sentimientos. Por su parte, la señorita Ratkovski, que estaba ya muy favorablemente prevenida en favor de Marina, por lo que de ella le había dicho Zavilovski, leyó en sus ojos tanto interés y tanta simpatía, á que ella, por ser pobre no estaba acostumbrada, que se sintió ligada inmediatamente por una sincera amistad á la joven señora Polaniecki. Llegaron pues á Bucinek hechas unas verdaderas amigas, y Svirski, que poco antes había llegado con Polaniecki, Osnovski y Kopovski, no necesitó gran agudeza de ingenio para adivinar que el juicio de Marina con respecto á la señorita Ratkovski, era muy lisonjero para ésta.

Mas su impaciencia no se contentó con esto. Marina enseñó á sus huéspedes la nueva residencia que debía pasar á ser de su propiedad, porque Polaniecki había resuelto comprarla. Llegados al jardín, Svirski, aprovechando el momento en que todos los presentes se habían esparcido por los senderos del jardín, se apresuró á ofrecer el brazo á la dueña de la casa.

—Y bien, señora,—la dijo con viveza,—¿ha sido favorable la primera impresión?

—Muy favorable. Pruebe usted á conocerla y lo verá.

—¿Yo? ¿y por qué? Hoy mismo me declaro. ¿Se figura usted que voy á vacilar todavía? Le doy mi palabra de que hoy mismo, aquí en Bucinek, la voy á pedir la mano. En estos asuntos es menester ser

audaz. ¿Qué importa que hoy haya habido funerales? Yo no soy supersticioso; ó mejor, sí, lo soy, y creo que de sus manos de usted no puede venir cosa mala.

—Es que usted no va á recibir de mis manos á la señorita Ratkovski. No la conozco más que de hoy.

—Lo mismo da. A mí siempre me han hecho mucho miedo las mujeres; pero esta vez no veo ni la menor razón de tenerla. Creo firmemente que esa joven tiene un corazón que sabe agradecer.

—También yo lo creo.

—Ya lo ve usted. Hoy para mí es un día decisivo. Si me admite lo llevaré este día impreso por toda mi vida en el corazón. Si me rechaza...

—Si le rechaza, ¿qué?

—Me encierro en casa y durante ocho días consecutivos no hago más que pintar desde la mañana hasta la noche. Creo que dije que si llegaba un caso semejante, me iría á cazar gansos; pero creo que un nó de parte de ella me afligiría muy de veras. Pero, ¿quién sabe? Tal vez no seré tan desgraciado. A mí entender, creo imposible que pueda estar enamorada de aquella cabeza de peluquero de Kopovski: está sola en el mundo, es huérfana, y puede prestarme un servicio de que le estaré reconocido toda mi vida, porque en el fondo soy un hombre de muy buena pasta. Pero tengo miedo de que se me dé una pesadumbre.

Marina comprendió que el pintor podía hablar formalmente, y le dijo:

—Verdaderamente tiene usted bueno el corazón,

y por lo tanto no se le podrá dar á usted jamás una pesadumbre.

—Quiero ser franco con usted, señora. ¿Cree usted acaso que soy dichoso? Pues no lo soy. He adquirido con mi trabajo cierto capital y cierta celebridad, es verdad, pero dudo que entre todos los hombres sea fácil hallar uno que haya buscado con tanto afán como yo un ideal. ¿Y sabe usted qué ha pasado? Aprendí á conocerla á usted, á conocer á la señora Bigiel y tal vez á otras dos ó tres criaturas buenas, nobles, puras é inteligentes. Permítame usted que haga constar que no lo digo por mera cortesía, sino para explicarle un desengaño mío. Encontré en nuestras mujeres tanta lijereza, tropecé con caracteres tan frívoles y vulgares, llenos de egoísmo, de bajeza y de hipocresía, que habría sido imposible dejar de apesadumbrarse por ello. Mas esa señorita parece muy distinta,—añadió el pintor tras un breve silencio,—me parece que es una niña dulce y apacible. ¡Dios haga que sea realmente así, y que consienta en casarse conmigo!

Entretanto Polaniecki había sido llamado á parte por la señora Bronicz, y resignado con su suerte, soportaba su interminable alusión de palabras.

—¡Ah, sí!—decía ella con los ojos vueltos hacia el firmamento.—¡Ah, sí! él me recordaba los años de mi juventud, y como usted ve, hasta su muerte he conservado hacia él una fiel amistad, á pesar de que, durante muchos años, quedaron interrumpidas nuestras relaciones. De seguro que habrá usted oído... Mas no, no puede usted haberlo oído, porque yo nunca he hablado de eso con ser viviente alguno, que yo estuve á punto de ser la mamá de Ele-

nita. Ahora ya no hay necesidad de guardar este secreto. Dos veces pidió mi mano, y dos veces le rechacé, no porque me desagradara, pues por el contrario me era muy simpático, pero ya me entenderá usted. Cuando se es joven se busca otra cosa, se busca lo que yo encontré en mi Teodoro. Sí, sí, la primera vez fué en Ischia, y la otra en Varsovia. Sufrió mucho, pero ¿qué se podía hacer? Si usted se hubiera hallado en mi lugar, qué habría hecho? Dígamele con franqueza.

Polaniecki, que ningún deseo tenía de contestar, ni con franqueza ni sin ella, lo que habría hecho si se hubiese hallado en el lugar de la señora Bronicz, dijo:

—Creo que deseaba usted preguntarme alguna cosa.

—¡Ah, sí! Quería preguntarle sobre los últimos momentos de su vida. Elena me ha dicho que su padre murió, inopinadamente; mas usted que vive cerca de allá, es probable que le habrá hecho alguna visita, y tal vez pueda usted saber si hizo alguna disposición antes de morir. Personalmente, no tengo interés alguno en saberlo. ¡Dios mío! no es posible que haya en el mundo quien sea menos interesado que yo y Lineta. Pero el señor Zavilovski me dió su palabra de que legaría al señor Ignacio las posesiones que tenía en Prusia. Si no ha cumplido su palabra, ó si no ha tenido tiempo de cumplirla, que Dios se lo perdone como se lo perdono yo.

—A mí no me cabe duda alguna,—contestó Polaniecki,—de que el señor Zavilovski pensaba en su

sobrino, y voy á decirle el por qué. Hace unos quince días, hizo que le trajeran varias armas antiguas para que yo las viera, y antes de que las trajera, se volvió á su hija y la dijo: «No vale la pena de nombrar estas armas en el testamento; después de mi muerte, se las entregarás á Ignacio, mayormente cuando para tí no tienen valor alguno». De eso deducí que, ó había dispuesto algo en favor de Ignacio, ó pensaba hacerlo. Si hay un testamento nuevo, se sabrá dentro de pocos días. La señorita Elena no lo habrá hecho desaparecer.

—Usted no la conoce bien á Elenita. Yo que la conozco le puedo responder de ella, y me sorprende que se atreva usted á sospechar de ella en mi presencia. ¡Elena hacer desaparecer un testamento! ¡imposible!

—Le ruego á usted que no me atribuya pensamientos que están muy lejos de mi imaginación. Espero que esto no le volverá á suceder. Además, un testamento nunca se puede hacer desaparecer, porque está hecho delante de testigos.

—Ya ve usted pues que tengo razón; ya estaba yo segura de ello. Y luego, que el señor Zavidovski quería mucho á Lineta, y aún cuando sólo fuese por consideración á ella, de seguro que no se habrá olvidado de Ignacio. Estaba encantado con razón de mi sobrina, ya desde cuando era chiquitita así.

Esto diciendo, indicó con la mano la altura que entonces tenía Lineta, y luego, después de un breve silencio, añadió:

—Y hasta tal vez más pequeña.

A Polaniecki se le había acabado la paciencia.

Dió, de consiguiente, media vuêlta, y acompañó á la señora á donde se hallaban los demás, quienes después de haber visitado el jardín, se habían reunido alrededor de la mesa. Involuntariamente, Polaniecki observó que Lineta era verdaderamente hermosa, y que no era de extrañar que el viejo estuviese enamorado de ella, porque aquella joven debía haber sido una pequeñuela muy graciosa. De improviso acudió á su mente el recuerdo de Litka, que también había sido para él una niña tan querida. Volvióse, pues, á la joven señorita, y la preguntó:

—¿De modo que hace mucho tiempo ya que conocía usted al pobre Zavidovski?

—¡Oh, sí!—respondió Lineta,—hace cerca de cuatro años. Tía, tú que lo sabes con exactitud, ¿cuánto hace que conocemos al señor Zavidovski?

—Decididamente no sé dónde tiene siempre la cabeza esa chiquilla,—exclamó la señora Bronicz.—¡Ah, amigo señor Polaniecki, qué edad tan bonita es esa!

Entretanto Svirski, que estaba sentado junto á la señorita Ratkovski, pensaba que no era tan fácil como él se figuraba el cumplir lo que había prometido á Marina. La conversación que se sostenía á su alrededor se lo impedía, y se lo impedía aún más una indefinida opresión en el corazón, unida á la carencia absoluta de presencia de espíritu, que en aquel momento experimentaba.

—Jamás habría creído,—pensaba entre sí,—que yo fuera tan cobarde.

Tomaba impulso para expresar lo que tenía en el corazón, pero siempre acababa por hablar de

otra cosa. Después de comer, y como si trataran de fastidiarle, quedáronse todos en el comedor; las señoras estaban visiblemente cansadas, y cuando, una hora más tarde, la señora Anetka dijo que era hora de marcharse, Svirski casi respiró.

—No es mía la culpa,—se dijo á sí mismo;—yo tenía firme intención de hacerlo.

Cuando las señoras estuvieron á punto de subir á sus carruajes, desapareció en él aquella efímera tranquilidad de un momento, para ceder el lugar á una profunda tristeza. Volvió á pensar en su vida solitaria, y en que no tenía á nadie á quien hacer heredero de su nombre y de su fortuna. La compasión que le causaba la señorita Ratkovski, la confianza que ésta le había inspirado y la gran simpatía que, desde los primeros momentos alimentó hacia ella, renacieron en él y le infundieron valor. Ofreció el brazo á aquella joven y, mientras la acompañaba al coche, la dijo:

—El señor Osnovski me ha invitado á que vuelva á Pritulov, y yo he vuelto á aceptar, pero esta vez quiero ir provisto de paleta y pinceles. ¡Me gustaría tanto tener su retrato de usted!...

De pronto se interrumpió, buscando en vano las palabras con que expresar lo que tenía en el corazón. La señorita Ratkovski, que no podía imaginarse que hubiera quien se interesase por ella, le preguntó con acento de profunda admiración:

—¿Mi retrato?

—Sí, para mí sólo,—contestó en voz baja Svirski.

La señorita Ratkovski le miró como si no hubiera comprendido de lo que se trataba; pero como la señora Anetka le dijera que se diese prisa en subir,

Svirski apenas tuvo tiempo suficiente para estrecharle la mano, y murmurar un:

—¡Hasta la vista!

Partió el coche. Las sombrillas que las señoras habían abierto, ocultaron en seguida el rostro de la señorita Ratkovski; á pesar de lo cual el pintor siguió con la vista durante largo rato á los que se alejaban. Y cuando desaparecieron en la primera revuelta del camino, se preguntó á media voz:

—¿Me he declarado ó no?

Y volvió á entrar pensativo en la sala.

Marina que, desde lejos, había visto todas las maniobras de Svirski, ardía en deseos de saber todos los detalles, pero no se atrevía á pedírselos, á pesar de que no estaba presente su marido. Sin embargo Svirski leyó claramente en los ojos de Marina esta pregunta: «¿Se ha declarado usted?»

Y, acercándosele sonriendo, la contestó:

—Sí, señora, casi, casi. No había medio de prolongar la conversación, y por eso no he podido obtener respuesta, y hasta no estoy del todo seguro de que se me haya comprendido.

Marina observó que el pintor estaba más conmovido de lo que quería aparecer, y se disponía á dirigirle alguna palabra para animarle, pero se lo impidió la llegada de Polaniecki. Svirski se despidió casi inmediatamente después. Antes de marcharse, volviéndose hacia Marina y, sin fijarse en la presencia del marido de ésta, le dijo:

—De todos modos, mañana voy á Pritulov, ó envío allá una carta. Espero que la respuesta me será favorable.

Besó luego la mano á la señora, subió al coche,

y desapareció casi en seguida entre una nube de polvo.

—¡Voto á sanes, Svirski mío!—exclamó el pintor hablando consigo mismo, mientras el coche le conducía á Varsovia,—¿qué dices de esto? ¿A dónde ha ido á parar toda tu alegría? ¿Por qué no le gritas al mundo entero: «¡Al fin me caso! ¿Entiendes, al fin eso, viejo hipopótamo?»

Pero de nada sirvió el aguijón, porque el corazón seguía frío. Sabía muy bien que para él podía ser la felicidad, pero no la sentía. Ya no se comprendía á sí mismo, y esto le produjo un vivo asombro. Había obrado con conocimiento de causa, y con espontánea voluntad; la señorita Ratkovski continuaba siendo aquella dulce criatura, y sin embargo, ¿por qué no le hacía tan feliz como antes la idea de que ella sería su mujercita, y por qué en el fondo de su alma experimentaba casi un sentimiento de desengaño. Svirski no amaba á la señorita Ratkovski, y esta era la respuesta única, y la más sencilla que daba á todas las preguntas que se había hecho.

Al asombro, al estupor, sucedió una gran tristeza, sintió el amor ardiente de que era capaz, y que no amaba como podía amar. Involuntariamente pensó en la señorita Castelli y en Zvilovski, y su alma profundamente artista se le sobrepuso.

Al revés de los hombres vulgares, incapaces de pensar en otra cosa que en lo que les atañe personalmente, se olvidó completamente de sí mismo y de la señorita Ratkovski, para no preocuparse sino del joven poeta y de la singular expresión de aquel rostro inteligente. Tal vez había en él cierta exal-

tación. Sí, pero había además alguna otra cosa, alguna cosa extraña, especialísima, que iba unida á ella.

De repente sintió que un estremecimiento recorría sus venas.

—¡Es una cabeza trágica!—exclamó.

LIII

Pocos días después, á consecuencia de una invitación de Polaniecki, Zvilovski salió para Varsovia. El joven poeta había abandonado con pesadumbre la quinta de Pritulov; pero la señorita Elena había resuelto que él asistiera á la apertura del testamento, y de consiguiente, en cuanto llegó á Varsovia salió en seguida para Jasmien, en compañía de Polaniecki y del notario del viejo Zvilovski.

Cerca de dos días después de su llegada á Jasmien el joven poeta escribió á su novia, pero, como en su carta no hablaba más que de amor, y nada decía del testamento, la señora Bronicz dijo á la señora Anetka que consideraba este silencio como una estupidez por parte del Ignacio, y que en este extraño modo de obrar, había *quelque chose de louche*. En cambio el señor Ornovski expuso su opinión de que indudablemente Zvilovski no hablaba del testamento por delicadeza, lo cual dió lugar á un altercado entre él y la señora Bronicz, la cual acabó por sacar en consecuencia que los hombres en general tenían formado un concepto muy flojo de la lógica y de la delicadeza.

Luego, como si se hallara sobre áscuas, no pudo